

Lecciones de economía política

Título: Lecciones de economía política

Autor: Knut Wicksell

Edición: Fundación ICO, Madrid, 2015.

ISBN. 978-84-9098-533-5

Lluís BARBÉ

Profesor emérito. Universidad Autónoma de Barcelona

Fue una magnífica idea la que tuvo la Fundación ICO de reeditar textos clásicos de economía y que recientemente nos haya ofrecido la del libro de Knut Wicksell *Lecciones de Economía Política*, aparecido en sueco en 1901 (volumen I) y 1906 (volumen II), en alemán en 1913, en inglés en 1934 (vol. I) y 1935 (vol. II) y en castellano en 1947 a partir de la traducción inglesa.

Y como señala el Profesor Juan Velarde en su escrito aparecido en *El Economista* del 16/01/16, “dado que se trata de comentar la obra de un genio, carece de sentido otra cosa que referir a los comentarios que escritos por otros economistas, aparecen ahora como complemento, porque la traducción de la obra de Wicksell es idéntica a la de 1948”. Ahora no aparece el nombre del traductor y es de agradecer que el omnisciente Profesor Velarde nos ilustre atribuyéndola a un tal Falces conocido suyo y a quien la firmaba hace 67 años, Francisco Sánchez Ramos.

El primer punto en el que querría incidir es el de que, siendo la Fundación ICO una institución con posibles, valdría la pena de que se propusiera ofrecer traducciones actuales y de primera lengua. En este caso yo sé de profesores de economía de universidades españolas de origen sueco que hubieran podido dar lugar a una traducción directa, cuya bondad, confirmada por ellos mismos paso a paso a través de las distintas versiones ya existentes en otras lenguas —los suecos son muy políglotas— nos dejaría más tranquilos. El hecho de que se publique sin nombrar al traductor o traductores demuestra, por parte de la Fundación, una falta de interés por esta labor que merecería una rectificación en las próximas reediciones. Y es que por la vía de las traducciones indirectas se han colado al castellano expresiones que difieren de las originales. Como ejemplo, el *core* de un intercambio competitivo (se dice así por el corazón de una manzana, dado que su sección transversal parece una caja de Edgeworth), que se tradujo desacertadamente por núcleo porque en francés se había traducido por *noyau* dado que las *pommes de terre* tienen *noyau* y en castellano, que yo sepa, las manzanas tienen corazón y no se habla de su núcleo. Por cierto, hablando de degeneración de la lengua ¿alguien me quiere aclarar por qué se ha dejado de utilizar la expresión ‘tasa’ de interés —traducción directa de *rate*, *taux*— en favor de ‘tipo’ de interés, expresión alejada de la idea de *ratio*?

También pediría a la Fundación que se revisaran las galeradas —digitales o no— para evitar imprimir sobre papel las numerosas pequeñas faltas que aparecen a lo largo del libro. Y finalmente, como en cualquier libro académico que se precie, clamaría por un índice final de autores y materias que permitiera trabajar el texto en forma selectiva.

Soltados ya estos demonios, y siguiendo con el procedimiento sugerido por el profesor Velarde, diré que he aprendido mucho sobre Wicksell y su obra de los artículos e introducciones de Lionel Robbins, C.G. Uhr, Bertil Ohlin, José Francisco Teixeira y José Ramón Álvarez-Rendueles. Pese a mi estado actual de profunda admiración hacia todos estos autores me permitiré hacer un par de puntualizaciones referidas a la introducción de Álvarez-Rendueles.

Primera puntualización: En la p. XXXIII, nuestro introductor subraya:

Wicksell “critica el ‘*maximum d’ophelimité*’ de Pareto, el llamado óptimo de Pareto, que se logra con la libre competencia y dice que esa situación no tiene por qué ser la óptima desde un punto de vista social” [*Lecturas*, vol. 1, (1901), pp. 82-3]

De hecho, el mal bautizado óptimo de Pareto lo diseñó Edgeworth en *Mathematical Psychics* (1881) al tratar del intercambio bilateral; intercambio que ofrece solución indeterminada, dentro de un intervalo, a lo largo de la ‘curva de contrato’ y que se resuelve por regateo entre las partes o sometándose a un arbitraje institucional o aceptando la tasa de cambio del mercado competitivo. En la nota a pie de página 1 de la página 53 demuestra y más adelante (p. 56, en cursiva) afirma que “la competencia debe complementarse con el arbitraje y la base de dicho arbitraje entre contratantes regidos por el interés propio es la máxima posible suma total de utilidad.” Y en su “Discurso Presidencial de la Sección F de la British Association” (1889) Edgeworth subraya: “La determinación utilitarista, según puede discernirse claramente, no tiene por qué coincidir necesariamente con el resultado al que tiende la competencia [...] teóricamente puede afirmarse que hay un ajuste de contratos más beneficioso [para la Sociedad] que el establecido por el juego mecánico de la competencia”. [Discurso que Edgeworth incluyó en sus *Papers related to Political Economy* (1925), vol. II, p. 284]. Para hacer justicia, esta importante conclusión a la que llegó Edgeworth antes que Wicksell y que le aproxima al institucionalismo y a la socialdemocracia, la había subrayado ya John Creedy en 1986 (*Edgeworth and the Development of Neoclassical Economics*, p. 81).

Wicksell, que en el curso 1885-6 había estado becado en Londres, cita a Edgeworth en su obra *Valor, Capital y Renta* (1893) y acepta su formalización con funciones de utilidad de más de un bien, $U(x,y)$, en contra de las formalizaciones de Jevons, de Walras y de Marshall $U_1(x)$, $U_2(y)$ con un solo bien por función; nos dice al respecto Wicksell: “los bueyes y las ovejas juntos, en una función general de x e y ”. Edgeworth se lo agradece citando en un artículo suyo en italiano de 1897 (‘La Teoría Pura del Monopolio’) el libro de Wicksell de 1896, *Estudios de la Teoría de las Finanzas Públicas*. Y en 1898, en su nuevo libro *Interés y precios*, Wicksell se refiere al ‘admirable tratamiento’ que hizo Edgeworth en 1888 del tema *Nuevos métodos de medir las variaciones en el nivel general de precios*. Wicksell y Edgeworth conocían pues sus obras respectivas y en 1906, durante una estancia del primero en Londres, se conocieron personalmente y siguieron apreciando mutuamente sus obras hasta la muerte de ambos en 1926, acaecida un par de años después de la de Marshall (fallecido en 1924 y no en 1926, como se afirma en la p. XXX).

Segunda puntualización: en la p. XIX nuestro introductor cita a J. Niehaus: “Si Keynes hubiera aprendido su Economía de Wicksell, el mundo podría haberse ahorrado la ‘revolución keynesiana’” (*A History of Economic Theory*, 1990, p. 250).

Contestar a esta provocadora afirmación es tanto como meterse en el campo de las influencias que modelaron la obra de Keynes, que es más bien un campo de minas, porque Keynes, como Wicksell a veces, suele esconder sus cartas. Si buscamos en los manuales de Historia del Pensamiento Económico ortodoxos, nos vienen a decir que Keynes era algo así como el hijo pródigo de Marshall que al final de su vida volvió al redil al lamentar que había sido demasiado duro en la *Teoría General* con Marshall y los “clásicos” y añaden que la Síntesis Neoclásica posterior ya había dejado las cosas un su sitio. Pero el propio Hicks, el artífice inicial del juguete IS-LM [“Mr. Keynes and the Classics” (1937)] renegó del juguete en sus años finales. De otro lado, P. Mirowski indica que, por el paralelismo de temas coincidentes (probabilidades, inferencia estadística y leyes que rigen el nivel agregado, números índices, reparaciones de guerra), la mayor influencia sobre Keynes no fue la de Marshall —sólo fue a sus clases de economía de postgrado durante ocho semanas y las dejó por aburrimiento— sino la de Edgeworth (con quien tenía sesión semanal entre 1915 y 1926 para decidir la admisión de *papers* para el *Economic Journal*). Sea como fuere sí que cabe añadir otras influencias que Keynes admite explícitamente: en la *Teoría General* indica (Cap. 11, ap. II), que su “eficiencia marginal del capital” coincide con “la tasa de rendimiento sobre el coste” de Fisher (*Theory of Interest*, 1930) y también en la *TG* cita abundantemente a Hawtrey y a Robertson en las cuestiones monetarias y defiende la teoría del subconsumo de Hobson.

A una argumentación de Ohlin de 1937 sobre la Escuela de Estocolmo y los monetaristas, en la que acusaba a Keynes de tachar de “clásicos” a todo el mundo, Keynes respondió: “Considero a Mr. Hawtrey como mi abuelo y a Mr. Robertson como mi padre en los caminos de búsqueda errante, y he sido muy influenciado por ellos. Y podría también satisfacer la queja del Profesor Ohlin adoptando a Wicksell como a mi bisabuelo, si hubiera conocido sus trabajos con más

detalle en una etapa previa de mis pensamientos y también si no hubiera tenido la sensación de que Wicksell intentaba ser ‘clásico’. De hecho, y por lo que a mí se refiere, hallo mirando hacia atrás, que fue el Profesor Irving Fisher el primer bisabuelo que me condujo hacia la contemplación del dinero como un factor ‘real’” (*Complete Works*, XIV, pp. 202-3. Citado por R. Skidelsky, en *John Maynard Keynes. II*, p. 601.). De todas formas, el árbol familiar que se monta Keynes sirve para mostrar que Ohlin no era santo de su devoción. De hecho, en 1922, en respuesta a un artículo sobre comercio internacional remitido por Ohlin para ser publicado en el *EJ*, Edgeworth le devolvió el manuscrito con un pedazo de papel escrito por Keynes que decía: “Esto no vale nada y debería rechazarse”. Ohlin guardó el papelito como una reliquia durante toda su vida.

Las mejores indicaciones sobre la posible trascendencia de la obra de Wicksell en la teoría monetaria de Keynes nos las ofrece Skidelsky, la máxima autoridad indiscutida sobre la vida y obra de Keynes. En el volumen II de la biografía, Skidelsky nos indica que hasta el *Treatise on Money* (1930), “Keynes se consideró un ‘reformador monetario’ seguidor de Irving Fisher y Knut Wicksell: el valor del dinero se manejaba por el banco central y no se dejaba en manos de los descubridores de minas de oro. Estos reformadores monetarios prometían resolver los problemas del ciclo económico sin tener que implantar el socialismo. [...] Las ideas de Keynes y las de la Teoría de Cambridge en general era más cercanas a las de Wicksell que a las de Fisher” (vol. II, p. 168, *Note on Monetary Reform*). Keynes conocía sólo las teorías de Wicksell de oídas y departió un *lunch* con él en 1915, aunque Keynes lo dejó con la palabra en la boca porque tenía hora en la barbería.

Sigamos con las indicaciones de Skidelsky referidas al *Treatise* (p. 315): “La idea de que el ahorro y la inversión pudieran divergir espontáneamente era profundamente herética porque sugería que no había un mecanismo de equilibrio espontáneo. En lo que Keynes aún no llamaba ‘teoría clásica’ había un precio —la tasa de interés— que siempre igualaría los dos. Keynes no dudaba de que así era. Siguiendo a Wicksell llamó a este precio la tasa ‘natural’ de interés. Pero no existe conexión en su sistema entre la tasa efectiva o monetaria de interés y la tasa ‘natural’. Nada las iguala salvo la propia política bancaria y el sistema bancario no estaba obligado a seguir ninguna política específica. La tasa de interés es un fenómeno puramente monetario. [...] El *Treatise* es una glorificación del banquero como terapeuta económico”.

Para Skidelsky, la influencia de Wicksell sobre el *Treatise* de 1930 es, pues, patente. Y en la *Teoría General* de 1936, parece que el tratamiento dinámico sincopado —caleidoscópico, que dijo Shackle— del diálogo, ejercicio por ejercicio, entre las expectativas y las realizaciones se acerca al diseño *ex-ante*, *ex-post* de la Escuela de Estocolmo post Wicksell. Sin embargo, Keynes se aleja del patrón sueco al sacar la tasa efectiva de interés del mercado de fondos prestables para obtenerla directamente del mercado de activos líquidos. Y transforma la tasa “natural” de interés en “eficacia marginal del capital” en la línea de Fisher.

Más adelante, Skidelsky sentencia (p. 319):

Si las fluctuaciones en precios y producción, más que la persistencia de paro masivo, son el foco principal que nos interesa en la práctica, entonces el *Treatise* puede ser más fructífero que la *Teoría General* [...] Enfocar las fluctuaciones en vez del estancamiento pone de relieve el papel de la política monetaria en vez de la política fiscal. La política fiscal es el medio más directo de sacar una economía de su depresión semipermanente.

Y concluye: “Extraer las prescripciones de política ‘keynesiana’ de un solo libro puede dar lugar, y de hecho ha dado lugar a errores sistemáticos al aplicar sus ideas.”

Pues eso, necesitamos más libros de economía de nuestros abuelos y bisabuelos para extraer acertadamente las prescripciones de política económica. Fundación ICO, gracias por perseverar pese a las quejas pasadas de rosca de este recensor cascarrabias. ¿Cuál será el siguiente texto?